

CUENTO N° 180

TÍTULO: TODOS ESTÁN MUERTOS

SEUDÓNIMO: OTOÑO

AUTORA: JULIA SYLVIA HEMMELMANN BERNASCONI

Todos están Muertos

¡Todos están muertos! ¡Ayúdenme! ¡Socorro! Regresen a la casa, ahora. Algo grave ha sucedido.

“Estoy muy asustado”, grita Simón. Un silencio pesado se siente en el campo como anunciando un mal presagio y un peor desenlace. Sólo el rumiarse de las vacas que descansan en el establo y el relincho de los caballos rompe esta monotonía sin ruido. Silenciosa. Expectante.

Los chanchos, las chanchas y los chanchitos están tirados en el suelo, patas arriba, en el camino, muy cerca del chiquero. Sí, al revés, de espaldas en la tierra - no en cuatro patas - y con los ojos cerrados. Quietos. Inmóviles. ¿Y qué pasa con las gallinas? Huyeron del gallinero. Están tendidas en el suelo alrededor de la casa, unas al lado de las otras, como desparramadas. Parecen una alfombra de plumas rojizas y castellanas. Tampoco siento el piar de los pollos nuevos ni el cacareo de sus madres. ¿Las envenenaron? ¿Quién haría una maldad así? Tiene que haber otra razón y yo debo estar muy equivocado. ¿La misma epidemia para todos, el mismo veneno?

“No hay pájaros volando. No se escuchan sus cantos de lejos ni de cerca. Desaparecieron ¿Qué los habrá espantado? ¡Qué tragedia Señor!”, balbucea el joven cuidador de animales y aves, con voz descompuesta.

“Ah, el pájaro verde enjaulado es el único que no se ha ido de espaldas el loro y sigue canturreando como para alivianar el mutismo del lugar. El mismo que mis hermanos menores emborracharon anoche dándole pan remojado en vino. Durmió casi todo el día”, dice Simón, el sexto hijo de doña Elena y don Anselmo.

Los gatos se escondieron en los tejados runruneando apenas, como si estuvieran disimulando sus maullidos. Hasta los perros parecen haber gastado sus ladridos. Nunca he visto algo así. ¿Están muertos, contagiados, de verdad envenenados? Yo soy el cuidador de estos animales y aves. Seguro que con o sin culpa, me castigarán.

“Se me atropella el pensamiento. Los dejé sanitos en la mañana, bien alimentados y con harta agua en las canaletas para que no tuvieran sed. Luego los pude ver caminando hacia el fundo del vecino.

Mientras las gallinas y sus crías rondaban la casa comiendo trigo como todos los días. Y las vacas estaban en el establo esperando que vinieran a sacarle la leche de sus ubres hinchadas”, explica Simón.

“Terminada mi faena cotidiana me vestí con ropa nueva, recién comprada - sin olor a las bestias- para ir a la Fiesta de la Vendimia que se hace todos los años al terminar la cosecha y así mirar a las niñas bonitas que acuden con sus madres a macerar - con sus pies y al ritmo de una melodía - las uvas que el día anterior recogieron los peones. Para luego hacer chicha dulce y de la otra y que se guarda en pipas de madera. Fiesta de trabajo y alegría, que reúne a los vecinos y donde unos tocan la flauta como mi hermano Pedro y otros el acordeón.

En tanto las mujeres preparan ricas ensaladas y amasan el pan que cuecen en horno de barro.

Mientras, los hombres adoban la carne con aliños campesinos - ají cacho de cabra, ajo, sal, pimienta - y mojadita en cerveza artesanal para un gran asado al palo, que retiran del fuego cuando está dorado después de permanecer horas sobre las brasas cenicientas. Porque el secreto para un buen asado, dice mi padre, es asarlo lentamente y con fuego sin llama. “La espera se hace corta entre copa y copa”, añade Simón.

Entonces, uvas bien aplastadas por los pies de las campesinas y de las señoritas de la casa y algunas visitas, y cuyo líquido dulzón recogen en recipientes, también de madera, y que posteriormente trasladan a las tinajas para almacenarlo. El orujo de la uva se desparrama en la tierra. “Con el paso de los días se pone ácido, fermenta y así se transforma en un abono”, comenta el cuidador de animales y aves.

“Estuvo linda la fiesta. Las niñas fueron generosas en mostrar sus piernas y pechuguitas a través de sus pronunciados escotes. ¡Como para volverse loco, compadre! Cruzamos miradas con la Filomena, la hija de la comadre de mi mamá, llamada Candelaria. Siempre me ha gustado la mirada pícara que me devuelven los ojos de Filomena, su cara redonda y sus mejillas coloradas como una manzana

madura. Su cuerpo relleno y su mata de pelo parecido a un arrayán florido me alborotan. Es para mí la manzana jugosa de la tentación.

Me entusiasmé bailando con ella apretada a mi cintura. Tan apretada como la cincha que le pongo a mi caballo cuando quiero que galope ligero. Por fin me atreví. No se negó. Prometimos encontrarnos en el potrero más alejado de la casa y que está cerca del río donde hay muchos matorrales para escondernos de los mirones ocasionales. Nada de testigos. Quedó acordado que haríamos el amor en la llanura, en un mes más para la fiesta de la nueva cosecha, de la uva tardía. No sé si voy a aguantar. Tengo unas ganas locas de comérmela a besos. Le prometí que vería estrellas, aunque el firmamento estuviera vacío de astros y luces. Por ahora, nos apretujamos rapidito debajo de unas matas. Benditas horas las que pasé junto a mi Filomena”, recuerda Simón.

Y miren en lo que está terminando mi sueño. Observen lo que ha sucedido en mi ausencia. Parece que el cielo me cae encima. Estoy asustado y como caramboleado. Y no he tomado ni un vaso de chichita. Todos parecen estar muertos o contagiados de alguna enfermedad que no conozco. No me atrevo a tocarlos. Al parecer, nadie los ha golpeado. No tienen heridas. No hay vómitos ni bosta en el suelo.

¿Qué ha sucedido, mi Dios? Desaparezco unas horas y el cielo me castiga. Soy algo parecido a un esclavo. Estoy al servicio del patrón y padre mío - por tan poca plata - y ahora resulta que ocurre esta desgracia que será mi desgracia. ¿Al final, qué culpa tienen las pobres bestias, las gallinas y los pájaros? ¿Quién es el culpable? Debo avisar a mis padres. Creo que el miedo me va a matar antes que llegue la sentencia de ellos y antes que haga el amor con la Filomena. “Justo cuando íbamos a galopar juntos en la era”, suspira.

-Bueno, al menos, bailé con la Filo. Primero una cueca zapateada y luego la arrinconé, esta vez en una esquina del salón, cerca de la pista de baile donde había poca luz, y al compás de un valsecito le

juré que cuando estuviera en mis brazos hasta se olvidaría su nombre, susurra Simón lleno de angustia a su amigo Ildfonso.

Con palabras entrecortadas y su cuerpo transpirado, después de caminar a grandes zancadas, llega al lugar del encuentro, en el campo del vecino separado sólo por tupidas ramas que hacen de cerco natural. Con voz temblorosa y palabras atropelladas explica a los asistentes lo que ha sucedido. No escatimó detalles como si eso disminuyera su responsabilidad.

“Oigan, tengo algo muy feo que contarles. Los chanchos, las chanchas, los chanchitos y otros animales y aves están tumbados en el suelo, con las patas estiradas hacia el firmamento. Creo que están muertos. Parecen momias. Es una fatalidad. Escuchen, se los suplico”, grita Simón. El loro es el único que se libró de la maldición. Sigue cantando en su jaula. Tuvo suerte. La que yo no tuve. O sea, el lorito de la suerte como pregonan los organilleros en sus idas y venidas callejeras y donde ese pajarraco verde entrega una tarjetita con un mensaje - vendedor de ilusiones - a las personas que compran manzanas rojas espolvoreadas de azúcar blanca, sigue vivo y solitario.

Los enfiestados enmudecieron. La flauta y el acordeón dejaron de entonar melodías. Los borrachos tambaleándose se acercan a Simón. No entienden las explicaciones que salen de su boca y de su cabeza aturdida por el asombro.

Se escucha un silencio también, de muerte. Pareciera que se dio una orden de no abrir la boca. Y la orden fue acatada. Su madre intenta calmarlo, en vano esfuerzo. El padre casi roza su cara y lo mira con ojos semi cerrados por la ira. El cuidador espera las palabras que escupirán esos labios gruesos.

“Las pagarás”. Dos palabras que sonaron como un latigazo. Sube a su caballo, hace restallar el látigo y desaparece a galope tendido. Don Anselmo está enceguecido de furia.

Los que están menos embriagados abandonan el lugar con pasos vacilantes tan rápido como le permiten sus ideas y sus cabezas mareadas. Se dirigen al chiquero y al patio de la casa. Al ver tantos

animales patas arriba y sin moverse, escupen frases que suenan como una ironía. “Sí, el espectáculo es como para caerse de espaldas”. “Lo que es a mí podría caerme una indulgencia”, pide Simón.

Todos están boquiabiertos. Algunos lloran. “¿Por qué el cerebro no se cabrea de pensar, por qué no se detiene? Y todavía no sé qué ha pasado con los caballos de fina sangre y el toro reproductor que están encerrados en otro potrero, más lejos de la casa. Mi Dios, esto puede ser aún peor. Necesito sentir el relincho de los caballos y el mugir potente del toro y semental de las vacas”, dice Simón angustiado.

De pronto, entre los afligidos campesinos aparece un joven desconocido que dice llamarse Gabriel. De buena figura y mejor vocabulario, bien trajeado y con zapatos de charol negro. Y que ha sido invitado por don Anselmo, sin autorización de doña Elena, para arreglar el matrimonio con una de sus hijas. La que escoja el afuerino. Lo importante es hacer el trato lo antes posible sin mayores remilgos, con o sin la venia de la madre o el consentimiento de la chiquilla.

Con voz ceremoniosa y algo altanera grita: “Oiga ñor, a usted le hablo. Al que llegó pidiendo socorro. Yo no sé nada de puercos, gallinas y pájaros que vuelan. Más bien sé de mujeres. No conozco las costumbres campesinas. Soy hombre de ciudad. Mi interés es otro. Lo entiende, ¿verdad? Vine a buscar una bella damita para llevarla a vivir conmigo. Ahora, en cuanto a lo ocurrido puedo darle algunas pistas. Espero que ningún fulano se ofenda”, dice con arrogancia.

¿Qué está hablando este *chute*? ¿Qué tiene que ver su discursito con la fatalidad que estamos viviendo?, dice Simón muy enrabado con el entrometido. “Ñor, insisto. Usted sabe de animales y otros menesteres campesinos puesto que sólo es un peón. Vive encerrado en establos y chiqueros. No se le puede pedir más. No conoce otro mundo ni ve más allá de sus narices. Y para colmo, es un despistado. Sin embargo, yo sin saber nada de este trabajo maloliente, lleno de mierda y estiércol, puedo ofrecerle algunas pistas para que encuentre la verdad de lo sucedido”. “¿Qué se cree este futre?”

Harto poco sabe de campo, en realidad. Se va a sumir en la mierda de los animales con esos brillantes zapatos de punta larga que trae puestos. Yo seré distraído, pero él es un desubicado”, murmura Simón. “Además, como he tomado poca chicha y sólo algo de vino, pude comprobar varias cosas mientras usted agarraba de la cintura a la huasa Filomena”, continua Gabriel. “Por ejemplo, vi pasar a sus animales y aves al lugar donde votaron los orujos de la uva. Venían en hilera, como en un desfile militar. Sin atropellarse. Y para que le quede claro y de una vez por todas, sepa ñor que comieron todo el hollejo de los granos de los racimos de uva negra. Perdóneme, huaso bruto, pero creo que se emborracharon tanto como sus dueños”, sentencia muy convencido Gabriel, con voz engreída.

-¿Cómo dice su señoría?, balbucea Simón al punto de llorar y de ir a abrazar al chute.

No hubo gritos de enojo. Sí, de alivio. Fue como si hubiese caído una bendición. El viento repitió las palabras de alivio como un eco.

Esta vez, los hombres tienen sus bocas llenas de silencio y vergüenza repetida.

“¿Entendió usted huaso aturdido? No le da ni para potrillo. Sus animales y aves se envinaron. Ese es todo el lío y la única respuesta. Creo que todos ustedes están de acuerdo conmigo, ¿verdad? Regreso a la ciudad. Volveré a buscar a la dama elegida cuando el ambiente esté menos alborotado. Los pájaros volando y los animales y aves con las patas en la tierra. También podría suceder que los encuentre a todos patas arriba. Aquí no se cansan de tomar blanco, tinto y del otro. Y, por último, les aconsejo que tengan los ojos bien abiertos. La próxima vez, pueden bajar los lobos y se comen hasta a las guaguas. Hasta la vista”.

-Señorito, no se vaya. Se lo ruego. Yo estoy muy agradecido. Me ha salvado del castigo de mi padre. Le prometo que juntos iremos a buscar a la niña más linda del valle para que se la lleve a la capital”

-Trato hecho. Me quedo. Para los amores es bien avisado, huaso aturdido”, dice Gabriel sonriendo.

-Hasta el loro se lo va a agradecer amigo. Abriré su jaula para que salga a buscar a su pajarita.